



Capítulo 268

Un poco alejado de Rosario, en las afueras.

Una pequeña cueva situada en lo alto de un acantilado con vistas a la capital.

Ese lugar era la cámara aislada donde residía el actual Papa.

El Papa, que no se había dejado ver en años.

A su alrededor se encontraban los cardenales y Roman, que momentos antes habían estado en la Cámara del Espíritu Santo.

Y no eran los únicos.

Los Caballeros Santos liderados por los cardenales también estaban presentes.

Y también los Inquisidores.

Innumerables miembros del clero también se habían reunido junto al acantilado.

Solo había una razón por la que todos habían acudido allí.

Era por la puerta de la cámara aislada.



No, para ser más precisos, por el símbolo que había aparecido en la puerta.

Todos miraban en silencio el símbolo.

Normalmente, el símbolo debería haber irradiado una luz divina blanca y pura en todo momento, y de hecho así había sido cuando los cardenales llegaron por primera vez.

Hasta que los cardenales utilizaron su poder divino.

Todos lo miraban con expresión grave.

El símbolo ahora rezumaba una energía extraña y maliciosa, derramando maná oscuro sobre el suelo como si lo trajeran de las profundidades del abismo.

En el momento en que se utilizó el poder divino, el símbolo cambió de forma repentina y violenta, lo que les llevó a acudir aquí con casi todas las fuerzas disponibles.

La simple transformación del símbolo bastó para alertarles de la gravedad de la situación.

—Entonces, ya que todos parecen estar aquí, comenzaré a abrirlo.

Yutia, que acababa de ser convocada urgentemente desde Rosario, levantó la mano hacia el símbolo que goteaba una espesa oscuridad.

—Yo también ayudaré.



Yuman también levantó la mano junto a ella.

De sus manos fluyó el poder divino.

—Ooh...

Mientras el clero murmuraba con asombro, el poder divino envolvió rápidamente el símbolo manchado por el abismo.

Y entonces el símbolo comenzó a absorber el poder divino a un ritmo aterrador.

¡Drrrrrrrk!

Con un horrible chirrido, el símbolo se retorció.

Comenzó a desvanecerse lentamente, burbujeando como metal fundido que se raspa.

Y entonces...

¡Crack!

Con un sonido como de algo que se rompe, el símbolo quedó completamente destruido.

Se esparció en el aire y desapareció como si nunca hubiera existido.



«¡Preparaos todos!».

Un Caballero Sagrado gritó en voz alta mientras desenvainaba su espada.

El aire estaba tenso, con un silencio sofocante.

Pero ese silencio no duró mucho.

La razón por la que...

«Bueno, ha pasado bastante tiempo».

Desde el interior de la cueva, similar a un abismo, un hombre... no,

«¿Su Santidad, el Papa?».

Era el Papa Villaniart quien había salido.

Quizás debido a años de reclusión, su rostro estaba demacrado y una larga barba le llegaba hasta el ombligo.

Pero los presentes lo reconocieron claramente.

El hombre que tenían ante ellos era sin duda su Papa, Villaniart, que había desaparecido hacía años.

«¡S-Su Santidad! ¿Se encuentra bien?».



Uno de los cardenales se acercó para preguntarle por su bienestar.

Villaniart soltó una carcajada, como si estuviera de buen humor por primera vez en mucho tiempo.

«Por supuesto que estoy bien. He alcanzado una nueva iluminación».

«Es un alivio».

«Sí, es una suerte».

A pesar de su cuerpo envejecido, el Papa se rió con ganas, como para demostrar su buena salud, lo que tranquilizó a todos.

A diferencia del símbolo siniestro que había estado sumido en la oscuridad.

El Papa parecía estar perfectamente bien.

Sin embargo...

«...

Entre ellos, una persona, Sergio, sintió que algo no estaba bien en el Papa.

«Definitivamente hay algo extraño...».



La mayoría de los allí reunidos nunca habían visto al Papa de cerca.

Por lo tanto, no percibían nada inusual en él.

Pero Sergio conocía bien el carácter del Papa.

Villaniart era un hombre que defendía las reglas y los principios.

No importaba lo urgente que fuera un asunto.

Incluso si el símbolo exterior se había vuelto turbio y oscuro.

Si su reclusión se hubiera visto interrumpida...

Primero habría expresado su furia, ese era el tipo de papa que era Villaniart.

Y, sin embargo, este papa...

Ni siquiera verificó la situación al salir, ni frunció el ceño.

¿No se preguntó por qué se habían reunido tantos soldados?

Por supuesto, podría ser que simplemente estuviera demasiado feliz de estar fuera y decidiera hacer preguntas más tarde.

Pero había algo más extraño.



«... Debería estar viendo a ese cardenal por primera vez».

Conociendo la personalidad de Villaniart, si hubiera visto a alguien que no reconociera vestido con ropas cardenalicias, lo habría señalado inmediatamente.

Y, sin embargo, no hubo ninguna reacción.

Era tan extraño que Sergio ladeó la cabeza con duda.

—Señores, ¿pueden prestarme atención un momento?

El papa, Villaniart, tomó la palabra.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

Y entonces...

El papa, ahora sonriendo como si estuviera complacido con la situación,

...?

comenzó a rejuvenecer lentamente.

«¿Qué?

Mientras el clero observaba confundido, el cuerpo del papa seguía recuperando su juventud.



Su cabello blanco como la nieve cayó rápidamente, sustituido por mechones negros.

La piel arrugada bajo su barba caída se volvió más suave y vibrante.

Su cuerpo, antes delgado, ahora estaba lleno de músculos firmes.

Era una transformación que ni siquiera el poder divino podía lograr: un verdadero milagro.

Todos abrieron los ojos con incredulidad.

Entonces, en el momento final...

¡Fwoosh, fwoooosh!

De la espalda del Papa brotaron unas brillantes alas blancas.

«¿Qué es...?».

Las voces de asombro mezcladas con confusión llenaron el aire, dando lugar a una extraña reverencia.

Las alas que brotaban de la espalda del Papa brillaban con una pureza deslumbrante.

Mientras todos permanecían paralizados, mirándolo fijamente...



«¿Y bien?

El ahora joven Papa habló con voz tranquila.

Se dio la vuelta lentamente, como si estuviera mostrando su cuerpo, y luego señaló a un sacerdote.

«Tú, ¿qué opinas?

« ¿Perdón...? ¿Qué quiere decir...?»

«Te pregunto qué pensaste cuando me viste».

El sacerdote, nervioso, abrió rápidamente la boca para responder.

«Yo... pensé que era verdaderamente sagrado. Especialmente las alas de su espalda...».

«No, eso no es».

El Papa negó con la cabeza con firmeza.

Como si esa no fuera la respuesta que quería oír.

«No es eso lo que te pregunto. Te pregunto qué pensaste personalmente cuando me viste».



«Eh, ¿sagrado...?»

«No, no busco una impresión adornada. Quiero oír tu reacción sincera y sin filtros».

Confuso, el sacerdote dudó antes de responder.

«Yo... pensé para mis adentros: «Ojalá pudiera ser así algún día»».

»

Murmuró a regañadientes.

Y luego...

«...?»

...

A pesar de haberlo dicho él mismo, el sacerdote tenía una expresión de incredulidad, como si no entendiera lo que acababa de salir de su boca.

Porque su yo habitual nunca habría dicho algo así.

A diferencia del sacerdote, que estaba sumido en la confusión, el Papa, con una sonrisa de satisfacción, siguió haciendo preguntas.

«Entonces, ¿qué más sentiste?».

«Sentí envidia».

«¿Sentiste celos?».

«Celos? Eso no es...».

«No, me gustaría que expresaras tus sentimientos con sinceridad».

«Te lo pregunté porque quería escuchar la verdad que hay en tu corazón».

«Adelante, habla».

El Papa lo instó con delicadeza.

Al final, el sacerdote confesó:

«... Sí, sentí envidia».

Una vez más, pronunció algo que normalmente nunca diría.

Y en respuesta...

«Sí, ya veo».

Detrás del Papa, que ahora sonreía más brillante que sus alas blancas y puras,



iSquelch!

Le brotó otro par de alas.

«Oh... ohh...».

El clero murmuró con asombro.

Pero el Papa no les prestó atención.

«Sí, gracias por tu respuesta».

«Eso era exactamente lo que quería oír».

Le dio una palmada en el hombro al sacerdote que había respondido y luego levantó la mano mientras miraba a todos a su alrededor.

«¿Hay alguien más dispuesto a confesar sus emociones como este valiente?».

No hubo una respuesta inmediata.

Sin embargo...

«Yo también...».

El silencio no duró mucho.



«Cuando vi al Papa, al principio sentí algo sagrado... pero al mismo tiempo, sentí envidia».

Un Caballero Sagrado confesó, como si estuviera en un confesionario.

Con eso como punto de partida...

«Yo también...».

«Yo sentí lo mismo».

«Yo también...».

Como si estuvieran hechizados, los allí reunidos comenzaron a revelar sus sentimientos al ver al Papa.

El Papa había realizado un milagro increíble ante sus ojos.

Se había convertido de anciano en joven, y le habían brotado alas angelicales de la espalda.

Sin embargo, incluso ante un milagro tan incomprendible, nadie expresó sus sospechas.

Solo siguió aumentando un extraño fervor de fe.

«¡Bien, muy bien!».



«Todos, hablen libremente y desnuden sus corazones».

«¡Ese es el camino hacia la próxima iluminación!».

¡Squelch! ¡Squelch!

Las alas comenzaron a brotar continuamente de la espalda del Papa.

Un par.

Luego otro.

Las alas, que crecían sin cesar, pronto se convirtieron en más de tres pares, luego en cuatro.

De cuatro a cinco pares.

Con alas como las de un gran arcángel, llenas de santidad, los rostros de todos los presentes comenzaron a brillar con reverencia.

Entonces...

¡Squelch!

Volvieron a brotar más alas.

De cinco a seis pares.

De seis a siete.

De siete a ocho.

Diez pares.

Quince pares...

«... ¡¿Qué?!

«¿Qué... qué...?!

Veinte pares.

Veinticinco pares.

Las alas se multiplicaron agresivamente, devorando el cuerpo del Papa.

Tanto que incluso su forma humana ya no se distinguía, enterrada bajo la gran cantidad de alas.

Los ojos del clero que habían mostrado reverencia ahora estaban llenos de horror.

La confusión y la tensión comenzaron a nublar los ojos de los Caballeros Santos.



Y entonces...

«¡Esto es...!».

En el momento en que Yuman intentó desatar su poder divino hacia él...

El Papa...

[Ahh... mis queridos corderitos, han hablado con sinceridad desde el corazón].

Ya estaba flotando en el cielo.

Yuman miró hacia arriba.

Allí, en el cielo, había una criatura extraña, que ya no se podía llamar Papa.

Un ser con un enorme ojo en el centro.

Con más de cientos de pares de alas, flotaba en el aire.

[No me temáis, pues os concederé la iluminación].

Como si se burlara de los presentes.

La voz sagrada les atravesó los oídos.

[Ahora levantaos, hijos míos].

Y en ese momento...

«...!

Un sacerdote comenzó a retorcer todo su cuerpo.

El hombre que había respondido primero al Papa.

Como si estuviera agonizando, su cuerpo se contorsionó de forma antinatural.

Luego se inclinó,

¡Crack, crackkk!

Como una larva saliendo del huevo, su piel y su carne humanas se rompieron...

!!!!

Un ser de color blanco puro nació de su interior.

Era muchas veces más grande que un humano, pero tenía la misma forma general.

Sin embargo, era grotescamente delgado, como una criatura hambrienta.

Y eso marcó el comienzo...



«¡Gyaaaah...!»

«¡N-no! ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser!».

«¡Aaaaaahhh...!»

Uno por uno, los presentes comenzaron a transformarse en seres grotescos, parecidos a criaturas.

[Ahora, cultiven la tierra para convertirla en un paraíso].

La voz que los engañó resonó de nuevo sobre la tierra.

¡CRACK!

La masacre había comenzado.

«¿Qué diablos es esto?».

Sergius temblaba de miedo mientras levantaba la mirada.

En un instante, se había desatado el caos.

Enormes seres blancos varias veces más grandes que los humanos.

Sacaron armas carmesí con forma de lanza de sus manos desnudas como si siempre las hubieran tenido.

SHHHING...

Comenzaron a matar a todos los seres vivos que había en el suelo.

Mientras los inquisidores y los caballeros sagrados recuperaban rápidamente la compostura y lanzaban un contraataque,

Sergius no podía ocultar el terror en su rostro.

La razón era...

«¡No dejan de multiplicarse...!».

Los muertos se transformaban inmediatamente en nuevos seres blancos, uniéndose a la masacre de los sacerdotes y caballeros.

La situación se había convertido en una catástrofe total.

Sergius dirigió inmediatamente su mirada hacia Yutia.

—¿D-Dama Yutia? ¿No deberíamos hacer algo?

Su voz temblaba por la urgencia.



Pero Yutia se limitó a mirar —

No, a mirar con ira— al ojo rodeado de alas con una expresión de disgusto.

Frustrado por su silencio, Sergius volvió a llamar.

—¿Dama Yutia...?

Llamó desesperadamente una vez más.

Sin embargo, los ojos rojos de Yutia permanecieron fijos en el grotesco ángel.

Solo cuando la criatura blanca recién transformada levantó su lanza para golpearla, ella...

—Haa...

Dejó escapar un pequeño suspiro.

Un suspiro que sonaba como si estuviera molesta.

Entonces...

—Programado.

Yutia murmuró en voz baja mientras comenzaba a levantar ligeramente la mano.

Un sello.

Signos con las manos.

Ella lo vio.

Dios del Trueno Relámpago.

¡CRACK!

La cabeza del ser blanco que había apuntado su lanza hacia ella... estalló sin previo aviso.

Y entonces...

«... ¿Mi señor? ¿Cómo es que está aquí...?».

Yutia, sorprendida, no pudo terminar la frase mientras miraba al hombre familiar que estaba frente a ella.

«Sentí una commoción y pensé en venir, por si acaso».

—Ya veo...

La voz de Alon resonó con calma.



—No hay necesidad de que te encargues de esto tú sola.

—¿Qué?

Los ojos carmesí de Yutia se abrieron como una luna llena.

Como si algo hubiera quedado al descubierto.